

CLAUSURA

Cambio social en América Latina

*François Houtart**¹

América Latina es —por el momento— la única región en el mundo en donde se ha pasado de las resistencias a la construcción de alternativas; la construcción, como lo dice Mir Saler —Secretario ejecutivo del CLACSO—, de una era posneoliberal. Esto es, evidentemente, un proceso: una mezcla de perspectivas futuras con rasgos del pasado, y como todo proceso de transición, no es lineal y, así, ante él, debemos tener una visión dialéctica, crítica pero no destructiva.

Este proceso no ha caído del cielo, tiene una historia, que es la misma de los movimientos sociales en América Latina, en muchos campos; la historia también de las luchas políticas contra las dictaduras, que fueron el camino para llegar al neoliberalismo; y también con una dimensión y lucha culturales, que han tenido muchas expresiones (la música, los

cantos, la poesía, la literatura, la teología —la teología de la liberación, que nació en este continente e influyó en muchas otras partes del mundo, en particular en África y Asia); y finalmente, la convergencia de las organizaciones no gubernamentales progresistas con estos movimientos sociales; convergencia para construir poco a poco una resistencia, que han tenido como expresión fundamental los foros sociales mundiales; no olvidemos que el primer foro social que se organizó fue en Porto Alegre, y que de los nueve foros sociales, siete tuvieron lugar en América latina. Esto ha sido una parte del proceso reconocido como un hecho político fundamental por cinco jefes de estado progresistas de América Latina, en Belén, en enero pasado.

Así, poco a poco, y más que en otras partes, se ha ido construyendo

* Profesor e Investigador (e.) Universidad de Lovaina. Fundador Centro Tricontinental. Secretario Ejecutivo Forum Mundial Alternativo.

1 Tomado de la disertación oral.

el nuevo actor, el nuevo sujeto histórico de emancipación del sistema capitalista: no sólo proveniente de la clase obrera sino de los movimientos de campesinos, de indígenas, de mujeres... Un sujeto plural que va a continuar la lucha por la liberación de la humanidad.

De lo que ha pasado en esta época, lo original es que fueron procesos democráticos, es decir, no fueron revoluciones por la vía armada como en otras épocas de la historia, sino que pasaron por vía electoral o vía constituciones. El proceso constitucional ha sido un arma también de las clases subalternas para llegar a conquistar una parte del poder político, lo que, evidentemente, ha tenido la ventaja de legitimar el proceso tanto al interior como al exterior; pero también sus desventajas: un proceso electoral con todas sus ambigüedades y su lógica particular para poder ganar; también que los cambios deban ser negociados, y no realmente decididos. Sin embargo, este proceso ya ha tenido sus frutos, y el planteamiento y ejecución de cuatro grandes objetivos:

1. Recuperar la soberanía; la soberanía económica sobre los recursos naturales (lo que hizo Venezuela; lo que ha hecho Bolivia al recuperar su soberanía e independencia económica con respecto a las grandes multi-

nacionales, pienso en el Banco del Sur; la soberanía política: se va construyendo poco a poco un organismo de vinculación de los estados latinoamericanos sin la OEA, sin los Estados Unidos).

2. La reconstrucción del Estado, destruido en gran parte por el neoliberalismo; no debemos olvidar que en varios de nuestros países una parte de la administración del Estado está todavía en manos de la oposición, lo que significa que este no es el instrumento ideal para realizar las transformaciones que se quieren. Por ello en Venezuela, por ejemplo, se iniciaron misiones de alfabetización, de educación primaria, secundaria, universitaria, economía social, reforma agraria, etcétera, con la construcción de un Estado paralelo que pudiera realizar el proyecto político, social y económico, reconquistándolos para servir a un proyecto global. Eso significa no solamente una construcción institucional sino también una construcción o reconstrucción ciudadana, para hacer de la gente del pueblo un pueblo de ciudadanos; es decir, con sentido de responsabilidad; o sea, desarrollar otro concepto del Estado.

3. La redistribución de la riqueza y del saber nacional; hemos visto en varios países de América Latina programas sociales de ayuda a los más

pobres como Fome Jero —u otros de este tipo—, que han tenido su eficacia real en Brasil, en Venezuela, en Ecuador; pero no necesitamos tan sólo programas para redistribuir la riqueza sino también para transformar las estructuras sociales que originan la pobreza, como reformas agrarias, pero sabemos que en países como Brasil la reforma agraria no tiene lugar, y una de las debilidades del sistema brasileño es haber puesto el acento en la redistribución social antes que en la transformación de sus estructuras. También reformas a la educación, un aspecto fundamental de la visión global, de la transformación y de la redistribución del saber.

4. Y, finalmente, la realización de la integración latinoamericana; que ya ha comenzado con algunas iniciativas: ya he citado el Banco del Sur, pero tal vez la manera más original —aunque todavía muy marginal— es el Alba, un proyecto de integración no de los mercados sino de los pueblos, que tiene como base no la competitividad, sino la complementariedad y la solidaridad, y se manifiesta mediante un sinnúmero de programas: económicos, infraestructura, telecomunicaciones, de bancos, de ayuda a la artesanía y pequeñas empresas, culturales, educativos, de comunicaciones... Uno de sus pro-

gramas, el más conocido y que se extiende más allá que los cinco países del Alba, es Operación Milagros, que ya ha curado de la vista a un millón de los 10 millones de latinoamericanos que sufren de ella.

Evidentemente, todo ello no se hace sin llevar adelante una lucha sociopolítica fuerte, tenemos adversarios del proceso, y en varios campos: la oligarquía (los famosos *pelucos*) que está en todos los países; también la clase media, cuya integración es uno de los grandes problemas: estas, en general, se identifican más con la clase superior que con la inferior, pero la crisis económica las está volviendo vulnerables y esa puede ser la oportunidad de recuperarlas para un proyecto que realmente pueda coincidir con sus intereses.

Otro adversario, los medios de comunicación; en América Latina, el 80% de los medios de comunicación están en manos del gran capital local y transnacional, así, la oposición de estos medios a estos proyectos es, obviamente, brutal; lo vemos en Venezuela, en Bolivia, aquí, donde la prensa escrita y audiovisual los ataca de manera sucia y personal todo el tiempo. Pero, como el proceso es democrático, se deja a los medios hacer su trabajo e influir más sobre la clase media. Cuando en un país, como Venezuela, se trata de restable-

cer un equilibrio, una verdadera libertad de las comunicaciones, inmediatamente muchos organismos internacionales empiezan a atacar el régimen político acusándolo de destructor de la libertad de opinión.

He visto en varios países el papel esencial que han cumplido las ONG durante el periodo neoliberal, pues han llenado los huecos de este sistema con muchas acciones de tipo social y cultural, pero, ahora que los Estados están recuperando sus espacios y dando sus propias soluciones, hay una parte de ellas que tienen una reacción negativa: no entienden la necesidad de los Estados de recuperar sus funciones. Este es un proceso que debemos entender todos.

También hay oposición de gran parte de la jerarquía católica, una jerarquía que fue remodelada después del Concilio Vaticano II —un tipo de restauración del catolicismo hegemónico—, que ve en estos procesos una cierta pérdida de su hegemonía cultural y religiosa, en lugar de ver en estos procesos —evidentemente, no perfectos— una manera de realizar una tarea profética; a veces nosotros, los cristianos, esperamos que las evoluciones —que son los cambios sociales— se hagan por obra de los ángeles, y podemos esperar hasta fin del mundo antes que comprometernos a que sean obra nuestra.

Y al final —como adversario— está el imperio, que no puede aceptar perder su influencia económica a manos de una economía que ya no es más unipolar; y la pérdida de la hegemonía política: por primera vez en la historia de América Latina, dos países han echado al embajador de los Estados Unidos; y también la hegemonía cultural, por el resurgimiento de una cultura tradicional, indígena, una cultura crítica del modelo cultural estadounidense o, ya de plano, de la cultura occidental influida por los valores del capitalismo.

La lucha se hace en varios campos, el proceso no es irreversible y puede ser vulnerado; por eso, el compromiso del intelectual no es quedarse en la crítica, identificarse con la oposición, sino contribuir a mejorar los procesos para que se puedan alcanzar las metas. Si no se compromete, no sirve.

Este es un proceso que genera contradicciones, no estamos en una perspectiva lineal ni en la búsqueda de la perfección, estamos —como dije— en medio de procesos dialécticos, por eso pido poner atención a los siguientes puntos:

a) Reconstruir el Estado; pero, ¿cuál Estado? Todavía hay una concepción muy jacobina de él, muy centralizadora, que se enfrenta a una concepción más participativa, pluricultural y plurinacional; para diluci-

dar esta contienda es muy importante el papel de los movimientos sociales dentro del Estado. El Alba tiene tres consejos: un Consejo de los jefes de estado, un Consejo de ministros y un Consejo de los movimientos sociales, es una experiencia para introducir a los movimientos sociales en los procesos políticos, tratando de respetar la autonomía de cada campo.

Tenemos todavía partidos para construir el campo político, y también partidos que actúan en función de la lógica electoral, a corto plazo; es decir, una tendencia a instrumentalizar los movimientos sociales con fines electorales, con alianzas dudosas para conservar o ganar el poder, también con métodos mafiosos; una cultura política que todavía se reproduce en los nuevos procesos. Por eso debemos realzar la ética como componente político fundamental; y si todo este proceso de reconstrucción del Estado es un proceso ambiguo, debemos ser críticos de esos aspectos, pero sin destruir el proceso entero.

b) Redistribuir la riqueza, a través de programas que correspondan a una visión humanitaria global. Lula ha dicho siempre: “Mi sueño es que, al final de mi mandato, todos los brasileños puedan comer tres veces al día”; está cumpliendo, pero el gran problema con esos programas es cómo evitar que los ciudadanos sean

clientes y convertirlos en actores; otra dificultad es que destruyen al interior de los movimientos sociales más activos.

¿Cómo controlar este hecho indeseado, que es un hecho sociológico?; ¿cómo evitar esta perspectiva, y convertir al sujeto en actor; al pueblo en sujeto? Para ello se están desarrollando iniciativas de participación (es el caso del presupuesto participativo en Porto Alegre), para que el pueblo o las comunidades locales sean los que decidan sobre la orientación de estos programas. El gobierno de Venezuela ha colocado más de un millón a disposición de las comunidades, de los barrios, para que decidan qué tipo de desarrollo quieren.

Esto nos lleva al concepto de desarrollo; ya lo hemos discutido aquí y no voy a entrar en detalles. Es fundamental cambiar la sociedad, la política, las estructuras sociales pero, ¿para qué?, ¿para qué tipo de desarrollo? Todavía vemos en muchos de estos proyectos nuevos una concepción desarrollista *cepalina* del desarrollo de los años 60' y 70', con una orientación hacia grandes proyectos, muy tecnócrata, que no entiende, que no absorbe las nuevas perspectivas de respeto a la naturaleza, a las culturas indígenas, etcétera. Así se lo está orientando en varios países — creo que también en Ecuador—, como una recuperación económica

nacional, con el desarrollo de un capitalismo nacional, tal vez es una etapa, pero sería importante decirlo, porque, finalmente, aun si es interno, el capitalismo vive sobre los mismos parámetros que el capitalismo internacional y no puede ser instrumento de la construcción de un porvenir económico; pero también lo vemos desarraigarse, hemos oído aquí nuevos conceptos de desarrollo: el Buen Vivir, por ejemplo, que debemos traducirlo a la práctica.

c) Con la crisis económica mundial hay una inclinación a desarrollar un cierto nacionalismo y a salirse de las perspectivas de la integración latinoamericana; sobre todo de los más grandes: Brasil me parece muy satisfecho de ser miembro del G20, de tener quizá acceso al Consejo de Seguridad, de ser parte de los Brics. Hay la tendencia en aquellos países emergentes (Brasil, India, China, África del Sur) de hacer su camino solo.

Puedo concluir que el proceso —ya lo dije— es vulnerable tanto a elementos internos como externos, que no es irreversible, y que se debe continuar la lucha, pero que tal vez la crisis mundial puede significar también oportunidades; a las que me voy a referir a continuación.

La crisis mundial, como se ha dicho, es múltiple: no solamente financiera, sino alimentaria, energé-

tica, climática, humanitaria. ¿Por qué?, porque todas esas crisis dependen de la misma lógica: la crisis financiera por la financiación de la economía capitalista —ganar más y más—. La crisis alimentaria por el proceso especulativo de los bienes de alimentación, que han llevado, en los dos últimos años, a más de 100 millones de personas por debajo de la línea de la pobreza. También la sobreexplotación de la energía por la lógica del sistema capitalista del desarrollo va a obligarnos a cambiar dentro de 50 años todo el circuito eléctrico para pasar de la energía fósil a otras nuevas perspectivas.

Finalmente, la situación climática —como lo vemos en los gráficos— está mucho más grave de lo que pensamos en general, están destruyendo de verdad el planeta, justamente por ignorar las externalidades, es decir, lo que no entra en el cálculo del mercado: la naturaleza. Hay varias perspectivas a esta crisis, la primera propuesta del sistema: castigar a los malos banqueros, esos que Michel Camdessus —el antiguo director del FMI— llamaba los ladrones de gallinas; vamos a enviar a todos los malos banqueros a Guantánamo, y a continuar como antes; esa es la filosofía: castigar a algunos actores, y seguir igual.

La segunda perspectiva: regular el sistema, “*debemos reparar la máquina*

y reiniciar el crecimiento, el desarrollo, la prosperidad”; esas son las palabras del G20, pero también de la Comisión dentro de la cual estoy representando al presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas; Comisión para la reforma del sistema financiero y monetario, dirigida por Joseph Stiglitz, que va más allá que el G20 porque la idea de Miguel D’escoto, no tiene legitimidad; es el G192 el que debe realizar la reflexión sobre la crisis y tomar orientaciones, por eso convocó a los líderes de todo el mundo para el 3 y 4 de junio próximos a Nueva York; la Comisión está preparando la reunión contra el G20, que Stiglitz llama el G1, pero no salimos de la regulación; reparar la máquina pero, ¿para qué? Ese es el problema fundamental.

La tercera perspectiva es cambiar los parámetros de un sistema que ha producido estas consecuencias; transformar el sistema mismo, reorientar el pensamiento y las actuaciones colectivas de la humanidad. Esta perspectiva está vinculada con las nociones de desarrollo, de estado, de crecimiento, de cultura; es sobre estos parámetros que debemos desarrollar una reflexión.

La especulación sobre los alimentos —los precios de los alimentos (trigo, arroz, soya, etcétera) son definidos en la Bolsa de Chicago—, el alza de los precios en los dos últimos

años (2007 y 2008), porque el capital financiero abandonó el campo de los capitales para entrar de frente en el campo de los alimentos, por pura especulación, por la lógica de la ganancia, de la acumulación del capital.

La evolución posible del calentamiento de la tierra y del CO2 en la atmósfera; el calentamiento ha sido casi de 1 °C durante el siglo XX; para el siglo XXI podría ser de 3, 4, ó 5; algunos científicos hablan de 10 °C, con catástrofes ecológicas, económicas y sociales. Se dice que si no se hace nada ahora, dentro de 25 años podríamos tener en el mundo entre 150 y 200 millones de inmigrantes climáticos —gente que ya no puede vivir en su lugar—, con todas las consecuencias políticas y sociales que esto puede acarrear.

Vemos el aumento de la temperatura del mundo, también del nivel de los mares y la disminución de la nieve y los glaciares. Hay que notar que esto corresponde con la era neoliberal; evidentemente, comenzó al mismo tiempo que el capitalismo industrial, pero empezó a tener un alza mucho más rápida a partir de la era neoliberal, que promovió el intercambio de mercancías en el mundo, que desarrolló una explotación intensiva de las materias primas y de la energía fósil y que también provocó un despilfarro enorme de

las riquezas naturales; eso significa que la lógica neoliberal ha tenido un gran impacto en el agravamiento de los problemas ecológicos.

La famosa “copa de champagne” realizada por Genuvé de las Naciones Unidas, que conocen seguramente, muestra la distribución de los ingresos en el mundo: el 20% de la población absorbe casi el 84% de todos los recursos mundiales; y, al final, se ve que el 20% de los más pobres debe repartirse el 1,6% de estos recursos.

Es la expresión del capitalismo, enriquecer de manera espectacular a una minoría; esto no es un accidente, no es un retraso de los de abajo frente a los de arriba, es una lógica que contradice toda posibilidad de un desarrollo humano global; y por eso, como cristianos, debemos rechazarla. *Deslegitimar el capitalismo*, como se llama precisamente uno de mis libros.

¿Qué significa encontrar nuevos parámetros? Pensarlos de manera utópica y práctica, revisar la relación de los seres humanos con la naturaleza, las bases necesarias para la vida física, cultural, espiritual; significa una organización colectiva, sociopolítica, que permita la participación de todos, y significa también una lectura de lo real y una ética. Es lo que reúne mi propuesta de *La declaración universal del bien común de la humanidad* para las Naciones Unidas.

Tengo una reunión con el presidente de la Asamblea General precisamente para discutir este proyecto, que se los voy a leer:

Frente a la crisis financiera que afecta a toda la economía mundial y que se combina con la crisis alimentaria, energética y climática para terminar en un desastre social y humanitario, diversas reacciones se perfilan en el horizonte, algunos proponen castigar y cambiar los actores, pero continuar exactamente como antes; otros señalan la necesidad de regular el sistema, pero sin cambiar los parámetros; finalmente, hay aquellos que piensan que es la lógica misma del sistema económico contemporáneo la que está en juego y que se trata de encontrar alternativas a este.

La urgencia de soluciones es el mayor desafío, no queda mucho tiempo para actuar eficazmente contra el cambio climático; en el curso de los dos últimos años, según la FAO, 100 millones de personas han pasado a estar debajo de la línea de pobreza; la necesidad imperativa de cambiar el ciclo energético está frente a nuestras puertas, una multitud de soluciones alternativas existe en todas las tareas, en ellas se exige coherencia para garantizar la eficacia, no un nuevo dogma sino una articulación entre ellas.

De la misma manera que la Declaración de los Derechos del Hombre

proclamada por las Naciones Unidas, una Declaración Universal del Bien Común de la Humanidad podría tener un papel similar; en efecto, los Derechos Humanos, antes de haber sido redactados por la comunidad internacional, han hecho un largo recorrido entre las revoluciones francesa y estadounidense; el mismo proceso progresivo ha tenido la tercera generación de los derechos, incluyendo una dimensión social, antes de ser proclamada; bastante accidental esta declaración en sus perspectivas, que ya fue completada con una declaración africana y por una iniciativa similar del mundo árabe; sin ninguna duda, la Declaración es también, en algunos casos, manipulada en función de intereses políticos, especialmente de las potencias occidentales, pero ella continúa siendo una referencia indispensable para toda legitimidad política y una protección para las personas.

Ahora debe ser completada, ya que está en juego la sobrevivencia de la humanidad y del planeta; cuatro ejes fundamentales podrían dar coherencia a las nuevas iniciativas que buscan construir alternativas y también orientar prácticas.

Primero, la utilización sostenible y responsables de los recursos naturales; aquello significa otro enfoque en las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, pasar de la explotación al

respeto de esta última fuente de toda vida, la pacha mama.

Segundo, privilegiar el valor de uso sobre el valor de cambio; luego, definir la economía como la actividad destinada a crear, respetando las normas sociales y ecológicas, las bases de la vida física, cultural y espiritual de todos los seres humanos en el planeta.

Tercero, generalizar la democracia a todas las relaciones sociales y a todas las instituciones; no solamente aplicarla y profundizarla en el campo político como una nueva definición del Estado y de los organismos internacionales, sino también ampliarla a la economía, la cultura, la religión, las relaciones entre hombres y mujeres.

Y cuarto, la multiculturalidad, a fin de dar oportunidad de participar a todos los saberes, todas las culturas, todas las tradiciones religiosas y filosóficas en la definición del bien común de la humanidad y la elaboración de su ética.

La adopción de estos principios permitirá comenzar un proceso alternativo real frente a las reglas que presiden actualmente el desarrollo de la economía capitalista, la organización política mundial y la hegemonía cultural occidental, y quienes son los responsables de las consecuencias sociales, culturales y naturales que padecemos actualmente.

Estos principios desembocan en grandes orientaciones que es posible esbozar: el respeto de la naturaleza exige el control colectivo de los recursos; aquella requiere constituir los elementos más esenciales de la vida humana: el agua, las semillas, como patrimonio de la humanidad, con todas sus consecuencias jurídicas; ello significaría tomar en cuenta las externalidades ecológicas en el cálculo económico.

Privilegiar el valor de uso sobre el valor de cambio exige una transformación del sistema de producción actualmente centrado en el valor de cambio para fomentar la acumulación del capital considerado como el motor de la economía; aquello provocará el restablecimiento de los servicios públicos, incluyendo las tareas de la salud y de la educación; es decir, su no mercantilización. Generalizar la democracia, especialmente en la organización de la economía, supone el fin del monopolio de las decisiones ligadas a la propiedad del capital, pero también la puesta en práctica de nuevas formas de participación que conviertan a los ciudadanos en sujetos. Y finalmente, aceptar la multiculturalidad en la construcción de los principios mencionados, significa no reducir la cultura a uno de sus componentes sino permitir expresarse a la riqueza del patrimonio cultural humano, poner término a las patentes monopolizadora del saber y

expresar una ética social en los diferentes lenguajes culturales.

¿Es una utopía todo esto? Sí, ya que aquello no existe todavía, pero podría existir mañana; utopía necesaria ya que es sinónimo de inspiración creadora de coherencias en los esfuerzos colectivos y personales, pero también en las aplicaciones muy concretas, sabiendo que cambiar un modelo de desarrollo no se realiza en un día y su construcción demanda un conjunto de acciones individuales y colectivas, que evolucionarán de forma diversa en el tiempo; entonces, ¿cómo proponer medidas insertadas en esta lógica y que podrían ser parte de un proyecto de movilizaciones populares y de decisiones políticas?, muchas propuestas ya han sido planteadas, pero se podrían añadir otras.

En el plano de los recursos naturales, un pacto internacional sobre el agua previendo una gestión colectiva no exclusivamente estatal traduciría la existencia de una conciencia sobre la importancia del problema.

La soberanía de las regiones sobre sus recursos energéticos, la prohibición de la especulación sobre los productos alimenticios, la regulación de la producción de agro carburantes en función del respeto a la biodiversidad, la conservación de los suelos y del agua y el principio de la agricultura campesina. La adopción de medidas necesarias para limitar a 1 °C el aumento de la

temperatura de la tierra en el curso del siglo XXI; el control público de las actividades petroleras y mineras mediante un código de explotación internacional, verificado y aprobado sus efectos ecológicos y sociales, y, entre otros, los derechos de los pueblos indígenas.

A propósito del valor del uso, se trataría de restablecer el estatuto de bien público del agua, de la electricidad, del correo, de los teléfonos, del Internet, de los transportes colectivos, de la salud, de la educación en función de las especificidades de cada sector; exigir garantía de por lo menos cinco años a todos los bienes manufacturados, lo que permitiría alargar su vida y disminuir la utilización de materias primas y de energía; imponer un impuesto sobre los productos manufacturados que recorren más de 1 000 km entre su producción y su consumo, hacerlo según los productos y el desarrollo local de los países más frágiles; reforzar las normas de trabajo establecidas por la OIT sobre la base de una disminución de los tiempos de trabajo y su calidad; cambiar los parámetros del PIB (Producto Interno Bruto), introduciendo en él los elementos cualitativos que conlleve la idea del buen vivir.

Estas aplicaciones en las democracias serían innumerables y podrían concernir a todas las instituciones que piden un estatuto reconocido públicamente, tanto por su funcionamiento interno como por la igualdad de las relaciones de género en empresas, sindicatos, organizaciones religiosas, culturales, deportivas.

En lo que concierne al plan de las Naciones Unidas se podría proponer la regla de los dos tercios para las decisiones de los principios, y la mayoría absoluta para las medidas de aplicación.

Finalmente, en cuanto a la multiculturalidad, ella comprendería, entre otros, el establecimiento de las bases naturales necesarias para la sobrevivencia de las culturas particulares, el problema de la territorialidad, la potestad de patentar los saberes tradicionales, opuesta a la disposición pública de los descubrimientos ligados a la vida humana, medicinales y farmacéuticos.

Hacemos, entonces, un llamado por una Declaración universal del bien común de la humanidad y para que sea adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas; utopía tal vez, pero de estas utopías que son la luz de una estrella en el largo camino de la humanidad.